

V

EN DISTINTOS DESTINOS

V.II Los atentados terroristas

En los veinte años que siguieron al lamentable hecho histórico que supuso el primer gran atentado contra el presidente del Gobierno, el almirante Luis Carrero Blanco, ETA mató en Madrid a otros treinta y ocho militares. Algunos de ellos ostentaban cargos de la mayor importancia. El 3 de enero de 1979 fue asesinado el general de división Constantino Ortín Gil, gobernador militar de Madrid. Y El 26 de mayo de ese mismo año, los terroristas mataron al teniente general Luis Gómez Hortigüela; a sus colaboradores, los coroneles Agustín Laso Corral y Jesús Ávalos Gomóriz; y al conductor civil del vehículo. Por entonces, yo estaba haciendo la mili, destinado en la Policía Militar, que estaba al mando del antes mencionado capitán Perote. A diario se enviaban patrullas formadas por media docena de soldados que recorrían en un Land Rover algunos de los barrios donde se ubicaban las residencias de militares. Perote por entonces era considerado demasiado de izquierdas para el tono de la mayoría de los altos mandos del Ejército. En el entierro del teniente general Gómez Hortigüela, la gente le recibía con gritos de «Capitán de la policía, rojo». Yo, que prestaba servicio como enlace, pasé muy cerca de la puerta principal de la sede del Ministerio en aquel momento, el actual Cuartel General del Ejército, en Cibeles, de camino hacia el Palacio de Comunicaciones, situado en la misma plaza. Escuché aquellos gritos y pude percibir la tensión de la gente que se iba arremolinando ante la puerta de barrotes de hierro que da acceso al



Recreación del atentado contra el almirante Carrero Blanco, con el coche volando sobre la fachada de un edificio.

recinto. Aunque el tráfico estaba cortado, al tratarse de un vehículo de la Policía Militar nos dejaron acceder a la calle de Alcalá. Eso sí, mi compañero conductor, un vasco *grandón* y campechano, y yo pasamos de largo para seguir con nuestro cometido antes de que la salida de la comitiva y la multitud nos bloquearan el paso, y puesto que además nadie nos había dado ninguna vela en aquel entierro.

Entre el 80 y el 82, año en que ingresaba en el Cuerpo de Policía Municipal, morirían dos soldados, un

subinspector médico del Ejército, un suboficial, un teniente coronel y un general de división, nada menos que el jefe de la División Acorazada Brunete, Víctor Lago Román. El 29 de enero del 84 dos etarras mataron a tiros al teniente general en la reserva Guillermo Quintana Lacaci, ex capitán general de Madrid. Aquel hecho fue el detonante de un dispositivo que iban a poner en marcha las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado y en el que también participaría la Policía Municipal de Madrid. Por entonces yo era un agente destinado en la Agrupación del Distrito de Arganzuela y durante unos meses, prácticamente a diario, a los más nuevos nos sacaban del distrito para enviarnos agregados a la Agrupación de Chamberí. En la zona que circunda el estadio Vallehermoso existían varias viviendas de altos mandos militares, y muy cerca de allí también se ubica la Dirección General de la Guardia Civil, en la calle Guzmán el Bueno. Con independencia de que los componentes de dicho cuerpo extremasen sus precauciones, nosotros aportábamos nuestro granito de arena a la seguridad de aquel entorno, como a muchos otros de la ciudad con similares características. Yo, tras pasar lista en la unidad, o agrupación, de ese distrito, que entonces se ubicaba en las antiguas cocheras de autobuses de Cuatro Caminos, solía ser enviado al cruce formado por la calle de Juan Vigón con la de Santander. Mi misión consistía simplemente en estar allí, de plantón. Solo. Alerta por si descubría algún movimiento extraño o algún personaje sospechoso. Allí no había apenas tráfico con cuya regulación entretenerme un poco, ni

siquiera coches en doble fila a los que denunciar. Solamente tenía que estar allí, en aquel enclave, visible para los vecinos y sus posibles atacantes. La mañana se me hacía eterna. Se pasaba además bastante frío en aquel invierno. Creo que ni yo ni ninguno de los compañeros, tanto los del distrito de Chamberí, como los que acudíamos de otros como el mío, no llegábamos a ser conscientes del alto riesgo al que nos exponíamos en aquella situación, con ETA en pleno apogeo y solos en mitad de la calle, sin vehículo en el que poder protegernos o desplazarnos en caso de cualquier eventualidad. Por entonces, el movimiento sindical era incipiente y no se reivindicaban las mínimas medidas de seguridad que después se plantearon, como la de patrullar en binomios o contar con más radiopatrullas. Años después ambas condiciones se llegarían a dar y la mayoría de los policías prestarían su servicio de esa forma; pero entonces no, lo desempeñábamos así, solos, con la sola protección de nuestro revólver y las técnicas básicas de defensa personal que habíamos aprendido en la academia. Poco bagaje para una situación tan delicada como era la de entonces. Pero era así. Hoy en día, echando una mirada hacia atrás, quizá muchos, al pensar en ello, recapaciten en el mérito que tenía esa impagable y poco conocida labor en aquel servicio especial que se denominaba Servicio de Seguridad.

Tengo que admitir que me ha costado ponerme a escribir sobre mis vivencias en los atentados terroristas que sembraron Madrid de sangre durante décadas. Especialmente en la de los años noventa y la primera mitad de la de los ochenta, en que permanecí como responsable de las labores de comunicación del Cuerpo de Policía Municipal y tomé como una obligación acudir al lugar donde se producía cada uno de los atentados con el fin de gestionar de la mejor forma posible la tarea de facilitar la mayor información viable a los periodistas desplazados a cada escenario. Y también para proceder a la acotación del enclave donde estos debían permanecer sin molestar o dificultar la labor de mis compañeros de la policía y la del resto de los servicios de emergencia, que anteriormente se quejaban con frecuencia de que los informadores evolucionaban libremente por el escenario del suceso pisoteando restos y dificultando los movimientos de médicos, bomberos o investigadores.

Me propuse contribuir en cierto modo a solucionar el problema descrito, por lo que concebí la idea de crear un cinturón o círculo especial intermedio entre la zona de primera intervención y la destinada a mantener al público en general. Esa nueva zona se destinaría a que los informadores pudieran captar

imágenes del suceso y obtener datos de las autoridades y de los portavoces de los profesionales intervinientes sin causar perjuicios a los funcionarios encargados de prestar auxilios o de recoger pruebas, pero sin tener que permanecer excesivamente alejados del centro neurálgico de la catástrofe, como los curiosos que se habían concentrado en el lugar.

Fueron muchos, demasiados, los escenarios de atentados terroristas —en su mayor parte cometidos por la banda terrorista ETA— a los que asistí. Fue muy grande todo el horror que pude contemplar. Tanto que me cuesta sobremanera escribir sobre ello, como decía antes. Militares, guardias civiles, policías nacionales y hasta un compañero propio perdieron la vida, casi siempre a primeras horas de la mañana, en distintas calles de Madrid. Por lo general, la escena llegaba a resultar casi repetitiva: sobre las ocho o las nueve, un estruendo seco, lejano, pero que llegaba nítido e inconfundible hasta la Casa de Campo, donde se situaba nuestra Jefatura. Los cristales de las ventanas de mi despacho, situado en lo más alto del edificio, vibraban al percibir aquel estallido inconfundible, revelador de lo peor. Para mí resultaba inequívoco; aquel sonido terrible lo tenía interiorizado y no pasaba demasiado tiempo hasta que recibíamos la llamada telefónica de la emisora alertándonos del hecho. A veces bajaba yo mismo o enviaba a alguno de mis colaboradores a pedir información al respecto. Una vez confirmado el hecho y conocido el lugar, era también infalible el siguiente paso a dar: bajar al patio y subir al vehículo oficial que tenía asignado para acudir, muchas veces con distintivos prioritarios, al escenario dantesco donde ya estaban actuando los patrullas más cercanos. Como digo, la situación, salvando las diferencias, acababa convirtiéndose en rutinaria: procurar el acordonamiento mediante cinta policial del espacio destinado a los periodistas, recabar la mayor información posible sin molestar a los que actuaban, atender a los primeros informadores que llegaban y que solían rodearme acercando a mi boca sus micrófonos y grabadoras y seguir recopilando datos más fiables que los iniciales para facilitárselos, ya en este caso, al jefe o al político de turno, concejal o alcalde, quien sería ya el nuevo objetivo de los chicos de la prensa.

Dedicaremos un epígrafe a los más graves o especiales de cuantos atentados se han producido en Madrid, aglutinando el resto en uno solo, más extenso, como es lógico, al que he titulado con el nombre con que se bautizó a la época en que se produjeron con más profusión: *los años de plomo*.

20. EL ATENTADO EN LA PLAZA DE LA REPÚBLICA DOMINICANA

El primer escenario de un atentado que contemplé en tiempo real fue a través de una pantalla. No de la televisión convencional, sino de un receptor de imágenes de una de las cámaras de control del tráfico instalado en la sala del 092 o *emisora* del Cuerpo de Policía Municipal, situada entonces en el cuartel de Conde-Duque, como la Jefatura. Por aquel año de 1986, recién incorporado al Gabinete de Prensa, visitaba varias veces al día la sala de comunicaciones en demanda de buenas intervenciones de mis compañeros que convertir en noticia para difundir a la ciudadanía a través de mis contactos en los medios de comunicación. Los mandos de la emisora ya estaban acostumbrados a mis peticiones y colaboraban avisándome directamente cuando se producía algún hecho digno de resaltar, pero eso ocurría tan sólo en contadas ocasiones. Por eso, cuando sonó el teléfono que reposaba sobre mi mesa de trabajo y el sargento jefe de sala me conminó a que acudiera cuanto antes, ya sabía que algo importante había ocurrido en Madrid. Cuando llegué me quedé estupefacto. Varios componentes de la emisora miraban atónitos a la pantalla, que mostraba las imágenes captadas por la cámara ubicada en la plaza de la República Dominicana, en el barrio de Chamartín. Eran imágenes en blanco y negro, el color aún no se había introducido en aquel tipo de tecnología, pero aun así los tonos de grises no restaban crudeza a lo que nuestros ojos podían distinguir entre el silencio que todos guardaban. Lo imaginé al momento, y al poco el sargento me lo confirmó: «Un atentado —dijo—. Han puesto una bomba al paso de un autocar. Parece que es de la Guardia Civil». Acababa de ocurrir. Un autocar aparecía totalmente destrozado, junto a los restos de otro vehículo convertido en un amasijo de hierros. Otros cuantos coches estacionados en las inmediaciones también estaban muy afectados y por la totalidad de la plaza se diseminaban todo tipo de restos de los vehículos siniestrados. Varias personas corrían de una lado a



Al fondo, el autocar en que viajaban los guardias civiles que fue objeto del atentado.

otro trasladando cuerpos de heridos a las ambulancias, coches patrullas y vehículos particulares que se brindaban para trasladarles a los hospitales más cercanos. Aún faltaba mucho para que se crease el SAMUR y cualquier otro de los servicios de emergencia que ahora conocemos y por entonces los traslados de heridos en este tipo de catástrofes distaban mucho de realizarse en las óptimas condiciones a las que ahora, por fortuna, estamos acostumbrados. Más de una vez, realizando labores de tráfico o de patrullaje, tuve que trasladar a algún atropellado hasta la casa de socorro parando el primer taxi que llegaba al lugar del siniestro. Los comunicados de los primeros radiopatrullas que llegaron a la plaza confirmaron que se trataba de guardias civiles y que el atentado había sido cometido mediante un coche bomba. En realidad se trataba de una furgoneta, que se había convertido en aquel amasijo de hierros situado junto al autocar, cuyo enrejado protector de las ventanas aparecía levantado como la tapa de una lata de conservas abierta, mostrando su ineficacia en un caso así. Poco a poco se iban conociendo más datos que apuntaban a la existencia de varios muertos y numerosos heridos de distinta consideración. No me apartaba de la pantalla, situada en alto, más que para dirigirme de vez en cuando a mi oficina para transmitir los datos que iba obteniendo a los muchos medios que ya no paraban de llamar en demanda de información.

Se trataba de un convoy de jóvenes guardias civiles que se trasladaban hasta la Venta de la Rubia desde el Parque de Automovilismo, con sede muy cerca de allí, en la misma calle del Príncipe de Vergara. Iban al citado lugar de destino a hacer prácticas de conducción de motocicletas, y les trasladaban en un autocar, un microbús y un todoterreno. A su paso por la plaza se produjo la tremenda explosión, dejando un panorama de muerte y desolación hasta entonces tan sólo igualado por el atentado que varios años atrás la misma banda terrorista había colocado en la cafetería Rolando, junto a la Puerta del Sol. Un total de doce muertos y cuarenta heridos graves fue el saldo de aquella vil acción.

Podía ver a mis compañeros, con la gorra de plato blanca unos y con casco de motorista otros, junto a los componentes de la Policía Nacional, que aún llevaban el anterior uniforme marrón, con boina, y también de la Guardia Civil, que se habían acercado desde el vecino acuartelamiento para colaborar en las atenciones hacia sus propios compañeros de cuerpo y recopilar información sobre lo ocurrido. Fue uno de los más graves atentados y uno de los primeros que se producían en Madrid con esta macabra técnica que tanto se utilizaría

en los años sucesivos. Todas sus víctimas eran jóvenes agentes que estaban en periodo de formación y prácticas. No pisé en aquella ocasión el lugar de los hechos pero las imágenes de aquel autocar destrozado, lleno de jóvenes cuyas vidas habían sido truncadas o arruinadas para siempre, que a través de mis retinas llegaron hasta lo más profundo de mi cerebro, jamás se borraron de él.

21. LOS AÑOS DE PLOMO

Entre los años 1985 y 2001, periodo en que permanecí como responsable de prensa y relaciones externas de la Policía madrileña, la banda terrorista ETA perpetró en la capital más de una treintena de atentados, varios de ellos con múltiples personas asesinadas en una sola acción, completando un total de sesenta y tres fallecidos. Todos fueron igual de lamentables, pero algunos, especialmente los últimos y aquellos que tenían unas características diferentes por tratarse de lugares emblemáticos o de personas con una cierta relevancia política o social, cobraron un especial significado de cara a la opinión pública. En el escenario de la mayoría de ellos estuve presente, cumpliendo la labor de canalizar la información y asegurar la ubicación de los periodistas para que realizaran su trabajo satisfactoriamente sin interferir en el de mis compañeros y en el del resto de efectivos de los servicios de seguridad y emergencias. Recuerdo con especial intensidad el atentado en el que resultó herida la niña Irene Villa, o en el que, pese a la potencia de la explosión, prácticamente salió ileso José María Aznar, por entonces jefe de la oposición. Igualmente, los que tuvieron lugar en el Puente de Vallecas, en la plaza de la Cruz Verde, en Pío XII o la glorieta de López de Hoyos, y, por supuesto, aquel en el que perdió la vida mi compañero Jesús Rebollo, a quien conocía personalmente, e incluso había prestado servicio bajo mi mando en algunas operaciones especiales motivadas por un conflicto suscitado a raíz de la instalación de un



Escenario del atentado contra José María Aznar, junto a la calle Arturo Soria.